

I. Desde América

El cambio de época, signo de los tiempos,
desafía a la acción eclesial y a la
iniciación cristiana

P. Eduardo Pérez-Cotapos, SS.CC.

Desde una mirada teológico-pastoral, estamos ante un cambio de época, con nueva auto-comprensión de la persona humana, nuevo modo de interactuar en sociedad y de situarse ante la naturaleza. El ser humano es poderoso como nunca antes en la historia, pero temeroso de sí mismo. Le interesan menos las grandes utopías sociales de 50 años atrás, pero le apasionan las cuestiones antropológicas y el sentido de su vida, con profundo anhelo de autoconocimiento. Por algo la literatura más popular son los textos de autoayuda, manifestación de esa necesidad humana.

La iniciación cristiana es un proceso conducente a conocer a Jesús como alguien capaz de dar sentido definitivo y pleno a la vida, que exige coherencia moral e integrarse activamente en una comunidad cristiana. Para hacerla aceptable, es preciso entender la revelación de Dios sin sectarismo fanático frente al razonable rechazo actual a todo grupo religioso autoconsiderado único poseedor de la verdad y de la salvación. Al evangelizar, manteniendo la certeza de estar nuestra vida en manos de Dios, en vez de descalificar las demás visiones de mundo, hoy es preciso un diálogo integrador con las otras tradiciones espirituales con humildad, conforme al ministerio de Jesús de Nazaret, despojado de poder, que prefiere usar parábolas para hacer reflexionar. Creemos de verdad en Jesús como el Hijo que se encarnó para darnos vida, cuando hacemos nuestro su modo de relacionarse con el Padre y de servir a los hermanos; no cuando solamente nos postramos ante él. El secularismo propone vivir una fe que satisfaga inquietudes religiosas sin interferir en otras dimensiones de la existencia individual o social. El evangelizador, consciente de su fragilidad personal, ha de llevar vida coherente con el Evangelio que manifieste la rectitud de intención al proponerlo, y respetar en todo interlocutor su derecho a aceptar sólo lo convincente desde su propia experiencia. El servicio a los pobres es uno de los signos verificadores fundamentales de la autenticidad de la vida cristiana y de la acción eclesial (ver DA 392).

Ante el general afán de autorrealización personal, presente en lo más hondo e íntimo del ser humano, cabe cifrarla en la libre donación por amor a Dios y al mundo. “*Quien intente guardar su vida la perderá; y quien la pierda la conservará*” (Lc 9,24; 17,33; Mc 8,35; Mt 16,25) Jesús alcanzó su realización personal cuando por amor se dio a sí mismo por la vida de otros. Nos realizamos al responder al amor recibido de Jesús hasta el extremo, que compromete con Él en los pobres y excluidos de la sociedad de mercado, y lleva a gozar libertad en una comunidad fraterna promotora de personas hasta su plenitud. Si el proceso de iniciación cristiana no acerca a la experiencia del gozo de la fe y la alegría del encuentro con una comunidad de hermanos, arriesga llevar a un cristianismo triste, oscuro, sobre exigente, quizá a veces un poco desesperanzado. La reivindicación de la autonomía de cada persona humana rechaza una Iglesia que se desgasta en promover sus instituciones y en defender su autoridad, en vez de ser Iglesia compañera de la humanidad en la aventura de reconocer el auténtico rostro de Dios transcendente y santo, admirable por la hermosura de todas sus creaturas, especialmente del hombre y la mujer (ver EG 91). Estamos desafiados a proponer el mensaje evangélico con claridad al “*dar razón de nuestra esperanza*” (1 Pe 3, 15), avalada por nuestra manera de vivir lo cotidiano, desde una Iglesia en relación de igualdad con el entorno, tocada por los mismos desafíos de los demás.

Los maestros de la sospecha Marx, Nietzsche y Freud, influyentes en el horizonte cultural occidental, repercuten

sobre ciertas sospechas frente a las verdaderas razones por las cuales la Iglesia propone hoy algo con tanto entusiasmo, qué razones profundas explican su actuación en la historia si en muchas oportunidades ha actuado por afán de poder y de manipulación de las personas, no tanto por ser fiel a su misión de hacer presente el evangelio de Jesús. Se comprende el actual cuestionamiento a toda institución, especialmente a una tan amplia y omnipresente como es la Iglesia Católica. Se cuestiona la invitación a integrarse en una comunidad eclesial por preferir ser cristianos "libres", sin Iglesia, para no someterse a normativas eclesiales de carácter funcionario y poco evangélicas, poco atentas a la conciencia personal y a las necesidades personales y de los cercanos. Pero "La fe no es obra de un individuo aislado, no es un acto que el hombre pueda realizar contando sólo con sus fuerzas, sino que tiene que ser recibida, entrando en la comunión eclesial que transmite el don de Dios: nadie se bautiza a sí mismo, igual que nadie nace por su cuenta"¹⁰. La actual dolorosa experiencia de la fragilidad institucional de la Iglesia puede ayudar a presentar su mensaje con la humildad que atrae el amor. La honestidad consigo mismo, con las propias tentaciones y fallas, sirve para aprender misericordia, ayuda a enfrentar mejor los escándalos por las fallas de la comunidad creyente y a volvernos a Dios desde lo hondo de nuestro ser, no simplemente desde nuestras obras; evita el desánimo al sentirse rechazados o

¹⁰ Francisco, *Lumen Fidei*, 41.

indignos de acercarse a Dios porque incapaces de cumplir su voluntad; y también la vanidad.

La variedad de situaciones culturales exige emplear diversas fórmulas de iniciación. Respetar la fuerza y la libertad de la acción de Dios es valorar la pluralidad de enfoques teológicos y de acciones apostólicas, reflejo de la inagotable riqueza del Evangelio que nos desborda. Los procesos de iniciación cristiana no son de instrucción necesaria para superar el examen de admisión a una institución. "A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas" (EG 47).

Comentario a la conferencia del P. Eduardo Pérez-Cotapos, SS.CC.

Jorge Baeza Correa

Son signos de la incertidumbre que se vive en la sociedad occidental el hecho de llamarla Zygmunt Barman Sociedad Líquida, Ulrich Beck Sociedad del Riesgo, Gilles Lipovestky Era del Vacío, Richard Sennett Mundo de Corrosión del Carácter. La disminuida importancia de las tradiciones conduce a una vida sin patrones preestablecidos para avanzar, sin logros durables, con diversas y contrapuestas demandas de comportamiento, todo lo cual tensiona. Aumentan las redes de comunicación en grandes poblaciones de seres anónimos. Hay ética de realización individual sin reconocer a otros ni a la sociedad. Lo legítimo ya no es lo útil a la colectividad, sino lo bueno para uno, el bien del cuerpo, con desconfianza hacia los otros y narcisismo temeroso de enfermar y envejecer. Se busca placer y seguridad frente a los riesgos, con desequilibrio de diversas zonas de la identidad personal. Se reducen la lealtad, la confianza y la cohesión social, reducida a la familia, también disgregable. Hay migraciones individuales y multitudinarias voluntarias o forzadas, con contactos interculturales inquietantes. El mercado integra a unos y

excluye a otros. Es desafío formar discípulos misioneros. Por tanto, agrega nuevas características del cambio de época que dificultan la evangelización.